

El tratado comercial con Francia

Federico Engels

15 de junio de 1881

(Tomado de F. Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard (1881)*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 20-25. El *The Labour Standard* (La Bandera del Trabajo) fue un periódico semanal tradeunionista inglés que apareció en Londres de 1881 a 1885 bajo la dirección de J. Shipton, F. Engels colaboró en él de mayo a agosto de 1881 y sus artículos se publicaron regularmente casi todas las semanas, sin firmar, como artículos de fondo, pero Engels tuvo que interrumpir su colaboración debido a la tendencia oportunista general que siguió el semanario. El artículo aquí reproducido fue escrito por F. Engels a mediados de junio de 1881 y publicado en el número 7 del semanario, 18 de junio de 1881, como editorial.)

El jueves 9 de junio, en la Cámara de los Comunes, Mr. Monck (Gloucester) presentó una moción en el sentido de que

“no puede ser satisfactorio un tratado comercial con Francia que no tienda al desarrollo de las relaciones comerciales entre ambos países mediante una reducción sucesiva de los aranceles”.

Siguió un debate bastante largo. Sir C. Dilke, en nombre del gobierno, ofreció la débil resistencia que requería la etiqueta diplomática. Mr. A. J. Balfour (Tamworth) propuso la adopción de contra-tarifas que obligasen a las otras naciones a rebajar sus tarifas. Mr. Slagg (Manchester) propuso que se dejase a los franceses que se convencieran de la importancia de nuestro comercio para ellos y de su comercio para nosotros, incluso sin tratado alguno. Mr. Illingworth (Bradford) ha perdido la esperanza de que se pueda llegar al librecambio a través de los tratados comerciales. Mr. Maclver (Birkenhead) manifestó que el actual sistema de librecambio no es más que un engaño, porque se reduce a la libertad de importación y a la restricción de las exportaciones. La propuesta fue aprobada por 77 votos contra 49; es una derrota que no afectará ni al estado de ánimo de Mr. Gladstone ni a su posición.

Este debate es un excelente ejemplo de la larga serie de eternas lamentaciones en torno a la terquedad con que los estúpidos extranjeros y los no menos estúpidos súbditos de las colonias rehúsan reconocer la virtud universal del librecambio y su capacidad para remediar todas las calamidades económicas. Ninguna profecía ha fracasado jamás tan completamente como la de la escuela de Manchester¹, en el sentido de que el librecambio, una vez establecido en Inglaterra, ejercería una acción tan provechosa para el país, que todas las demás naciones deberían seguir su ejemplo y abrir sus puertos a las mercancías inglesas. La profética voz de los apóstoles del librecambio no ha sido más que una voz clamando en el desierto. No sólo el continente y Norteamérica han elevado, en su conjunto, las tarifas protectoras; su ejemplo lo han seguido hasta las colonias británicas, que lo hicieron en cuanto se implantó en ellas la autonomía; y apenas la India fue puesta

¹ La Escuela de Manchester fue una tendencia en el pensamiento economista que reflejó los intereses de la burguesía industrial. Los partidarios de esta tendencia abogaron por la libertad de comercio y la no intervención del estado en la vida económica. El centro propagandístico de los librecambistas se encontraba en Manchester y estuvo dirigido por dos fabricantes textiles: Cobden y Bright. En los años 40 y 50 los librecambistas constituyeron un grupo político especial, que entró posteriormente en el Partido Liberal de Inglaterra.

bajo la dependencia de la Corona² incluso allí se estableció un arancel del 5% sobre los artículos de algodón, como un estímulo para la industria indígena.

Todo esto es un misterio indescifrable para la escuela de Manchester. Pero la cosa es bastante clara.

Hacia la mitad del siglo pasado, la industria algodonera estaba concentrada principalmente en Inglaterra, y por eso es lógico que allí, con el rápido aumento de la demanda de artículos de algodón, se inventasen las máquinas que gracias al empleo del vapor habían de producir una revolución, primeramente en la industria algodonera y más tarde en toda la industria textil. Los extensos y fácilmente accesibles yacimientos de carbón de piedra de la Gran Bretaña pudieron convertirse, gracias al vapor, en la base de la prosperidad del país. Las abundantes reservas de hierro, próximas al carbón de piedra, facilitaron el desarrollo de la industria siderúrgica, que recibió un nuevo estímulo con la demanda de máquinas y de utillaje. Luego, en el momento mismo de producirse esta revolución de todo el sistema industrial, empezaron las guerras antijacobinas y napoleónicas, que durante unos 25 años desplazaron de los mares a los barcos de casi todas las naciones que le hacían la competencia, dando así a los artículos industriales ingleses el monopolio práctico en todos los mercados de allende el Atlántico y en algunos de Europa. Cuando en 1815 la paz fue restablecida, Inglaterra, con sus fábricas en las que se empleaba el vapor, estaba en condiciones de abastecer a todo el mundo, en tanto que en los otros países las máquinas de vapor eran aún casi desconocidas. En la industria fabril, Inglaterra les había sacado una ventaja enorme.

Pero la vuelta de la paz movió pronto a otras naciones a seguir las huellas de Inglaterra. Rodeada por la muralla china de sus tarifas prohibitivas, Francia introdujo el vapor en la industria. Lo mismo hizo Alemania, aunque sus tarifas eran en aquel tiempo mucho más liberales que las de todos los demás países, sin exceptuar a Inglaterra. Igual hicieron otros países. Por aquel tiempo, la aristocracia agraria británica, con objeto de aumentar su renta, implantó las leyes del trigo³, elevando así el precio del pan y con ello la expresión monetaria del salario. A pesar de esto, el progreso de la industria fabril inglesa siguió con asombrosa rapidez. Hacia 1830, Inglaterra realizó grandes esfuerzos para convertirse en el “taller de todo el mundo”. Este era, en efecto, el objetivo de la Liga contra las leyes del trigo⁴.

En aquel tiempo no se hacía secreto del fin que se perseguía con la abolición de estas leyes. La reducción del precio del pan, y, por consiguiente, de la expresión monetaria del salario, debía poner a los fabricantes británicos en condiciones de desprestigiar toda esa competencia con que les amenazaban los extranjeros desaprensivos o ignorantes. ¿Qué podía haber más natural que Inglaterra, con sus grandes éxitos en la producción de maquinaria, con su enorme marina mercante, con su carbón y su hierro abasteciera a todo el mundo de artículos manufacturados, y que el mundo exterior la

² Se refiere al paso de la India bajo la administración directa de la Corona Británica al liquidarse la Compañía Británica de las Indias Orientales.

³ Las llamadas *leyes del trigo* (o de los cereales), que limitaban o prohibían la importación de cereales del extranjero, fueron promulgadas en Inglaterra en interés de los grandes terratenientes aristocráticos. La lucha entre la burguesía industrial y la aristocracia agraria en torno a las leyes del trigo acabó aprobándose en 1846 una ley que las abolía. Esta medida y la disminución de los precios del pan, debida a ella, produjeron cierto abaratamiento de la vida y dieron lugar, en última instancia, a que se redujeran los salarios de los obreros y aumentarían las ganancias de la burguesía.

⁴ La Liga contra las leyes del trigo fue fundada en 1838 por los fabricantes de Manchester Cobden y Bright. Reivindicó la libertad de comercio completa y abogó por que se abolieran las llamadas leyes del trigo con el fin de reducir los salarios de los obreros y debilitar las posiciones políticas y económicas de la aristocracia terrateniente. La consigna de la libertad de comercio fue muy utilizada por la Liga en sus demagógicas prédicas de unidad de intereses de los obreros y los fabricantes. Cuando se anularon las leyes del trigo en 1846, la Liga dejó de existir.

abasteciera, a su vez, de productos agrícolas, de trigo, vino, lino, algodón, café, té, etc.? Así lo había decretado la Providencia; oponerse a ello era una rebelión abierta contra los preceptos de Dios. Todo lo más, se podía autorizar a Francia para que abasteciese a Inglaterra y al resto del mundo de artículos de buen gusto y de moda, que no se podían producir con máquinas y que incluso no eran dignos de la atención del fabricante culto. Entonces y sólo entonces reinaría sobre la tierra la paz y la dicha para los hombres; entonces, todas las naciones se verían unidas por los delicadísimos lazos del comercio y de la conveniencia mutua; entonces se establecería para siempre el reino de la paz y la abundancia; y a la clase obrera, a sus “brazos”, le decían: “Se acerca un buen tiempo, muchachos; esperad otro poco”. Se entiende que los “brazos” siguen esperando desde entonces.

Pero mientras los “brazos” esperaban, los extranjeros desaprensivos e ignorantes no se estaban quietos. Para ellos no ofrecía ningún encanto el sistema en que las ventajas industriales que de momento tenía Inglaterra se convirtiesen en un medio que le asegurase para siempre el monopolio fabril en todo el mundo y le permitiera reducir las demás naciones al papel de meros apéndices agrarios de Inglaterra; con otras palabras, a la situación, verdaderamente envidiable, de Irlanda. Comprendían que cualquier nación no puede por menos de rezagarse de las otras en cuanto a la civilización, si carece de fábricas y, por tanto, se ve condenada a no pasar de una simple aglomeración de gente rústica. Y por eso, subordinando la conveniencia comercial privada a la necesidad nacional, protegieron sus fábricas nacientes con elevadas tarifas, en las que veían el único medio de protegerse para no caer en la situación económica en que tiene la satisfacción de encontrarse Irlanda.

No queremos decir que en todos los casos era acertado este proceder. Al contrario, Francia habría obtenido ventajas inmensas con una aproximación considerable al libre comercio. Las fábricas alemanas, comoquiera que sean, han conseguido su situación presente con el libre comercio, y las nuevas tarifas proteccionistas de Bismarck no causarán perjuicio más que a los mismos fabricantes alemanes. Pero hay un país en el que el corto período de proteccionismo ha sido no sólo justificable, sino de una necesidad absoluta: ese país es Norteamérica.

Norteamérica se encuentra en una fase de su desarrollo en que la construcción de fábricas se ha convertido en necesidad nacional. La mejor prueba de esto es el hecho de que en la invención de máquinas que ahorran trabajo ya no va por delante Inglaterra, sino Norteamérica. Los inventos norteamericanos desplazan todos los días a las patentes y a las máquinas inglesas. Máquinas norteamericanas son importadas por Inglaterra, y esto ocurre casi en todas las ramas de la industria. Norteamérica posee además la población más enérgica del mundo, yacimientos de carbón comparados con los cuales los ingleses parecen casi una magnitud infinitamente pequeña, hierro y todos los demás metales en abundancia. ¿Y podría suponerse que este país condenaba su joven y creciente industria a una larga y prolongada lucha con la industria de Inglaterra, fuerte desde hace tiempo, si en un corto período de proteccionismo, de unos veinte años, era capaz de elevarse al momento hasta el nivel de cualquier competidor? Pero, dice la escuela de Manchester, Norteamérica misma se arruina con su sistema proteccionista. De esta misma manera se arruina quien paga un suplemento por la velocidad del tren expreso, en vez de utilizar los viejos trenes de viajeros (*old Parliamentary train*), y hace cincuenta millas a la hora en doce.

No hay duda: la generación presente verá cómo los artículos norteamericanos de algodón compiten con los ingleses en la India y en China y van ganando terreno en estos dos importantísimos mercados. La maquinaria y la ferretería norteamericanas emulan con las inglesas en todas las partes del mundo, incluida Inglaterra. Y esa misma necesidad

inexorable en virtud de la cual las manufacturas flamencas se desplazaron a Holanda y las holandesas a Inglaterra, hará cambiar pronto el centro de la industria mundial de Inglaterra a los Estados Unidos. Y en el restringido campo que le quede entonces a Inglaterra, encontrará formidables competidores entre algunas naciones continentales.

Es imposible ya negar que el monopolio industrial de Inglaterra está en decadencia. Si la clase media “cultura” estima que su interés reside en callarlo, la clase obrera debe mirar audazmente la verdad a la cara, porque su interés es mayor que incluso el de las clases “altas”. Estas últimas podrán ser aún largo tiempo los banqueros y prestamistas del mundo, de la misma manera que antes lo fueron los venecianos y los holandeses en el período de su decadencia. Pero ¿qué les ocurrirá a los “brazos” cuando el enorme comercio exterior de Inglaterra empiece a reducirse de año en año en vez de crecer? Si fue suficiente trasladar la construcción de barcos de hierro del Támesis al Clyde para reducir todo el *East-end* de Londres a un pauperismo crónico, ¿qué será de Inglaterra cuando virtualmente se hayan desplazado todas las grandes industrias del país al otro lado del Atlántico?

Ocurrirá una gran cosa: quedará roto el último eslabón que liga aún a la clase obrera de Inglaterra con la clase media de su país. Este eslabón era la tendencia conjunta al monopolio nacional. Una vez quede destruido este monopolio, la clase obrera británica se verá obligada a tomar en sus manos sus propios intereses, a preocuparse de su propia salvación, y habrá de poner fin al sistema de trabajo asalariado. Confíemos en que no esperará hasta entonces.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es